

*21 de junio de 2008. Fête de la musique. París.*

Esta costumbre pagana de festejar el comienzo del verano, el día más largo del año, parece estar expandiéndose cada vez más y más por Europa. En París empezó en 1982, y la del sábado pasado, la del 2008, fue la primera para mí.

La oferta era realmente impresionante. Cada barrio de los veinte en los que se divide la ciudad organizó sus eventos. Los bares tenían sus propios shows, y también se montaron escenarios en determinadas esquinas o pasajes. La variedad fue la reina de la fiesta: jazz, rock, punk, batucada, reggae, chanson, clásica... como si fuera la ecléctica iPod de Obama.

La gente camina por las calles, tranquila, distendida, llevando a los hijos, empujando cochecitos de bebé. Algunos aman picnics en los lugares verdes, otros toman cervezas, el movimiento no para.

Empezamos en el 19, nuestro barrio provisorio. Atravesamos el escenario atrás de la iglesia de Jourdain y empezamos a bajar por Belleville. Pasamos un bar con punks exaltados, nunca antes vistos. Seguimos. El barrio chino también organizó sus encuentros, música pop y una especie de karaoke con mucha gente en el escenario cantando. Sonidos asiáticos a pasos de los Sex Pistols.

En otro bar se escuchan unas melodías de algún tema conocido, la gente en las terrazas toma cervezas o cafés. Nosotros, en realidad, buscamos un buen televisor para ver Rusia-Holanda. ¿Quién dijo que los buenos eventos no se superponen?

Más bares, más gente, nos acercamos a République. Finalmente conseguimos una buena pantalla. Gran partido, aunque nadie más que nosotros estaba por los rusos. Después de la emoción y de esa cosa satisfactoria que queda cuando gana al que le hacías fuerza, seguimos en dirección al centro, al núcleo, a donde arranca el conteo de los barrios de la ciudad en esa espiral caracolesca, del uno al 20.

Llegamos a Les Halles, más concurrida que normalmente. Y más y más bandas, la gente desplazándose así como nosotros, de un escenario a otro, como en un gran zapping. Turistas y locales se mezclan en las calles, por lo general semi vacías a esas horas de la noche. Y sí, la noche de París nos decepcionó un poco, así que ver tanto movimiento nos alegra mucho. ¿Por qué no preferirán distribuirlo un poco a lo largo de todo el año, en vez de concentrarlo en una sola noche?

Vamos hasta el Pont au Change para atravesar la isla de la Cité y llegar al borde de los barrios 5 y 6. La torre Eiffel se ve a lo lejos llena de luces y esplendor, como fondo de la Conciergerie, ese edificio hermoso que fue Palacio hasta mitad del siglo XIV y después fue prisión, escenario de guillotinos y ahora palacio de Justicia. (Aunque parece que se ve como se ve sólo desde 1858).

Al otro lado, la blanca Notre Dame iluminada y recortada del cielo demuestra, casi desafiante, que se está en una ciudad visualmente hermosa. Desde el puente se pueden apreciar mejor las multitudes como hormigas que cruzan el Sena para uno y otro lado.

Como hormigas también, cruzamos el Pont Saint Michel, y más y más gente. La avenida con su estatua de columnas rosadas parece como siempre ajena a lo que le pasa alrededor. Las calles se empiezan a angostar e intentar cruzarlas implica exponerse a roces incómodos, perfectas oportunidades para aquellos que gustan de meter mano en cuerpos ajenos. Y hay mucha de esa gente. En el aire flota cierto espíritu de coqueteo e histeria, casi como un código más del evento.

Así seguimos, entre las calles y edificios del barrio 5, charlando, parándonos a escuchar bandas, algunas que suenan re bien y otras más o menos, viendo toda la fauna liberada, chicas con carteles que garantizan “abrazos gratis”, más banderas rusas, grupos de turistas desenfrenados canturreando alguna cosa, restaurantes y bares llenos y... lentamente todo empieza a calmarse.

La gente va metiéndose en las bocas del subte, o camina alejándose del centro. Todo se va vaciando, los sonidos se apagan, los gritos de festejo se vuelven más esporádicos, los autos que increíblemente decidieron meterse por el medio del río esperan para avanzar escasos metros, y nosotros también decidimos volver.

El subte no funciona, y también nos sorprende mucho. Hubiera sido esperable una extensión del servicio, dadas las características del evento, pero no. Así que, otra vez a caminar, repetir el trayecto de ida pero casi seis horas más tarde, sin gente, sin bares, sin música. Sólo la noche tranquila de París, como tantas otras veces, pero el calendario dice que es el primer día del verano.